



Antonio Flores

El barbero

Como que es una cosa indispensable pasar los puntos de la pluma por el suavizador de Lanne, para colocarnos después a la esquina de una calle y observar con detención esas hileras de yelmos de Mambrino que diezman las casas de la capital, dando guardia de honor a las puertas de las barberías, nadie extrañará que en nuestras noticias barberiles demos la preferencia a la bacía.

La bacía no es una cosa así como suena, tratándose de un barbero, porque difícilmente se encontrará un instrumento más significativo ni tan característico acaso.

La bacía colgada al exterior de los establecimientos en una palomilla de hierro o de madera (esta distinción indica los humos aristocráticos del maestro sangrador) suele ser de azófar o de hojalata (esto también pertenece a la categoría del establecimiento); podrá servir de tam tam a las conteras de los paraguas en los días de lluvia, de blanco a las pedradas de los muchachos, de barómetro a los vecinos cuando los huracanes y aquilones andan robando sombreros y poniendo de manifiesto las pantorrillas, y... de piedra magnética a las bayonetas de los nacionales que van de patrulla, y últimamente, de aviso a los que quieren oír el punto de la Habana o decreten la siega de su barba. Pero es más importante que todo eso la misión de las bacías cuando libres del aire y los muchachos, se muestran obedientes a su, centro de gravedad. Cada bacía es un espejo ustorio de su respectivo barbero; el elegante que pasea tranquilo e inocente por la calle es el foco del instrumento; los anchos

faldones de su frac o el ala enorme de su sombrero se retratan con toda precisión en la bacía; el barbero no quita la vista de su daguerrotipo, y apenas se conoce que la moda se ha enriquecido con algún nuevo descubrimiento, tira la navaja o la guitarra, pues precisamente tendrá una cosa de las dos en la mano, descorre la cortinilla, y llama desahogado al sastre de enfrente que por miedo a las contribuciones tiene su taller en un portal. Llega por fin el profesor tijera, recibe las instrucciones del mancebo, y nosotros, que aún no hemos concluido de examinar la parte exterior del establecimiento, sabremos después lo que discurren los dos vecinos.

Las puertas de la barbería gozan de una libertad absoluta para ser verdes, blancas, etc.; pero ordinariamente son azules con listas amarillas, y una gran estrella encarnada en el fondo del cuerpo inferior, que es la parte leñosa de ellas. De medio cuerpo arriba están compuestas de cristales o vidrios, las más veces de esta última materia, y cuando son de la primera, imitan tanto a los segundos, que parecen una misma cosa.

A la parte exterior de estas vidrieras suele haber unos cartelitos de papel con lazos de colores que dicen:

Acui se uenden sanguiguélas de superior calidad y se da Razón de un Maestro de guitarra por cifra; son estremeñas.

Por el estilo de estos anuncios suele ser la muestra que, colocada entre las dos bacías, sirve de rodapié en el balcón del piso principal. Distíngense todas por su contenido, que regularmente no baja de cien letras lo menos. Es cuanto pueda saberse antes de diez minutos que vive allí

D. CIRIACO LAGARTOS. PROFESOR.
APROBADO DE CIRUGÍA. COMA
DRÓN Y SACAMUELAS. AFEITA Y CORTA
A REAL, Y MEDIO RIZA EL PELO.

Mucho antes de ponerse el transeúnte a tiro de navaja en las barberías, hiere sus oídos el rascar de la guitarra con que el mancebo entretiene la ausencia de los parroquianos, y consigue tener siempre desalquilado el piso principal de la casa, merced al poco gusto que se observa hacia las filarmonías ratoneras.

Pero ya se va haciendo tiempo de levantar el picaporte de las vidrieras, y a riesgo de interrumpir los acordes del guitarrista, asomar la cabeza por la trampilla y saludar al artista con las palabras del ángel: ¡Ave María! «Adelante, adelante», replicará sin detención el barbero. Volveremos a cerrar la puerta y ya hemos penetrado en el despacho del dentista, en la sala de recibo del comadrón, en la agencia de los guitarristas por cifra, en el depósito de sanguijuelas, en el gabinete de consultas médico-quirúrgico-farmacéuticas, y últimamente estamos ya de puertas adentro en la tienda barbería.

En el fondo de este aposento se hacen indispensables dos puertas, la una con vidrieras, y la otra sin ellas, pero coronadas ambas de unos pabellones que precisamente han de ser blancos, o cuando más, amarillos, pues son los únicos colores que admiten las colgaduras de estos establecimientos.

La primera conduce a una alcoba destinada para las consultas secretas y los disparates a oscuras en perjuicio de la humanidad doliente. La otra, que carece de colgaduras, es pequeña; por ella sale y entra el barbero toda vez que le ocurre dirigirse a la cocina para calentar el agua, sacar lumbre a los parroquianos fumadores y... algún día que la mujer está lavando los navajeros en el río, es indudable que el marido espuma los pucheros y pica la ensalada.

Entre estas dos puertas hay un espejo colgado en la pared, cuyo tamaño varía desde seis pulgadas en cuadro hasta poco más de medio pie, y aun a veces suelen llegar a una quinta parte de vara, lo suficiente para que el parroquiano sepa dónde ha de aplicar el pañuelo que restañe bien la sangre en los dibujos de la navaja.

Debajo de este imparcial retratista del Almadén, hay una mesa parda que todos creen ser de pino, menos el carpintero que la hizo con intención de adulterar la caoba. Un majo y una maja, de yeso, se ven sobre ella, y en medio de estas figuras, una gran jarra de cristal, llena de agua y peces de colores; alrededor, un tintero y una salvadera de metal dorado, formando parte de un heterogéneo recado de escribir que termina con una caja de cartón donde yacen en armonía las obleas y las lamparillas.

En los cuatro ángulos de la sala-tienda hay cuatro magníficos pedestales de yeso, que sostienen otras tantas estatuas de la misma materia, a quienes llamó el escultor: Europa, Asia, África y América.

En la fachada opuesta a la del espejo se ve una repisa de madera sostenida por unas cuerdas, y sobre ella una magnífica redoma de vidrio llena de agua y cubierta la boca por un trapo.

Allí dentro se agita un centenar de sanguijuelas, maldicientes tal vez de la sangre que desperdicia su dueño cuando descañona algún prójimo.

Y para no desmentir en nada los anuncios de las puertas vidrieras no hace falta debajo de esta repisa un enorme clavo romano, cubierto por un gran lazo de cintas de colores que forman el moño de la guitarra, colgada allí para los usos consabidos.

Dos listones del mismo color y materia que la mesa de pino, se hallan tendidos horizontalmente en la pared. Anchos de seis dedos y largos de una vara, sostienen, ayudados de dieciocho presillas de cuero, docena y media de navajas, jubiladas las más y en actual servicio las menos. Por grande que sea la riqueza y elegancia barberil del sangrador, jamás exceden de este número los instrumentos cortantes de cada navajero; suele acontecer únicamente que estos se multipliquen, pero eso sucede pocas veces, y así se sabe por regla general que cada barbero tiene un navajero, y cada uno de estos dieciocho navajas.

Varias estampas iluminadas, con marcos pocas y sin ellos muchas, adornan las paredes de estos gabinetes, perpetuando la vida, milagros y amores de Atala con Chaptas, las aventuras de Robinsón y tal cual retrato, de algún héroe francés, por ser este país el que expende a menos precio sus notabilidades. Una docena de sillas de Vitoria, con su correspondiente sofá de a siete, jamás hace falta en estos lugares. Dos de ellas están en medio de la sala con un paño blanco cada una, destinado a cubrir los hombros del paciente a quien Dios castiga dándole pelos en la cara, y la gente dicha de buen tono, haciéndoselos quitar.

Con una mano en la cadera y la otra en el respaldo de una de estas

dos sillas, recibe el barbero a los parroquianos a quienes hace una reverente cortesía, pasando en seguida a recogerlos el sombrero o a quitarles la capa en invierno. Y acto continuo los envuelve en el mencionado roquete blanco, haciéndoles tomar asiento en el banquillo del sacrificio.

El barbero de que nos ocupamos no es el dueño de la tienda, ni tiene nada que ver con las certificaciones mortuorias que su maestro anda firmando por las casas pobres del barrio, ni prueba tampoco los dulces que recoge muy a menudo el comadrón, gracias a que el mundo no tiene trazas de acabarse por ahora. El barbero, que se ha dirigido por el agua caliente a la cocina, es uno de los aspirantes a la dignidad y prerrogativas del maestro sangrador que este tiene en su casa, y a quienes llama mancebos a boca llena.

Estatura regular, pelo castaño, casi incrustado en el carrillo, y formando sobre la sien izquierda un gracioso rizo, que parece participar de la sonrisa que baña a todas horas los labios del mancebo, joven de unos veinte a veintidós años; casaquilla gris cenicienta, o un dormán verde claro con felpa blanquecina, forma un bello contraste con el chaleco escocés y la corbata pajiza. Un pantalón ancho de todas partes y muy ajustado de la rodilla, hace alarde de su hermoso color de grana, en cuanto lo permiten las campanas de hule negro y las franjas de paño azul. últimamente una boina de paño negro con una franja de plata termina el traje barberil, haciendo llegar hasta el hombro de su dueño una magnífica borla del mismo metal que el galón plateado.

La primera operación del barbero, apenas tiene a su víctima con el peinador, es sacar del bolsillo de la chaqueta una petaca de cuero, picar un cigarro de los que lleva en ella, hacer con aquellos escombros otro cigarrillo, forrarlo en un papel, y colocárselo tras de la oreja. En seguida coge una navaja, cualquiera de las que están en la pared, y pasándola una y otra vez sobre la correa que coloca a la izquierda, se dirige al parroquiano con la siguiente:

-¿Ha visto usted qué tiempo?... ¡Ya, ya! Ningún año se ha conocido cosa por el estilo. Pues de las provincias dicen lo mismo; a mí me escriben de casa que hace un temporal insufrible. Pues al tendero de enfrente... y los periódicos también dicen...

-Vaya, despache usted -es lo único que suele contestar el paciente.

-Sí, señor, al momento; ya tenemos corriente lo principal, que es dar chuleta a la navaja. Ahora -continúa el barbero, aunque el parroquiano no conteste una sola palabra- le pongo a usted la charretera, y manos a la obra.

Al concluir estas palabras, desaparece por la puerta de la cocina, volviendo a poco rato con una bacía blanca floreada de azul propia de la fábrica de Talavera, de la cual se desprende gran cantidad de agua de vapor; y así, sin más ni menos, hace que la garganta del infeliz barbudo llene la media luna de la bacía. Entonces echa mano el barbero al bolsillo de su chaqueta y saca una bola de jabón jaspeado, incrustada de diferentes materias extrañas, gracias a las migas de pan y polvo de tabaco, que alternan con dicha bola en el bolsillo.

El agua de la bacía ha perdido en todo este tiempo más de diez grados de temperatura, pero aún se conserva a ochenta, poco más o menos, y el

despiadado barbero prueba la incombustibilidad de su mano derecha introduciéndola en este líquido y jabonando después la cara del parroquiano. En esta operación suele gastar el barbero menos de un cuarto de hora y más de trece minutos, porque este, a no dudarlo, es uno de los mejores pasos del oficio. En él regularmente se distrae el barbero, y pasa y repasa la bola de jabón por el rostro consabido, hasta que consigue cubrirle de espuma desde los ojos abajo; y entonces retira la bacía, preparándose para lo más penoso del sacrificio.

Acto continuo, enciende el cigarro que había colocado tras de la oreja, vuelve a pasar la navaja por la correa, y empieza la formidable, sangrienta y descomunal operación. El infeliz sentenciado obedece en los giros las voces ejecutivas del hombre-navaja, que con la menor amabilidad posible se coloca la cabeza de su víctima debajo del brazo, asoma la suya por encima, y tajo a derecha, tajo a izquierda, humo de tabaco en todas direcciones, varias rociaduras de un líquido viscoso que a no salir de la boca del mancebo, cualquiera tendría por espuma de jabón; todo esto acompañado del enfadoso diálogo sobre el tiempo y la política y los chismes de la vecindad, aumenta la tortura del agraciado, a quien se le pregunta, por añadidura:

-¿Está dura la navaja?... ¡Siente usted aspereza?

-¡Oh, no tal! -responde el paciente, temiendo la venganza del barbero, y resuelto a perdonarle el sarcasmo de la pregunta reprime las lágrimas que saltan de sus ojos, y repasa en silencio todo el martirologio, comparando su vida con la de San Bartolomé y demás santos desollados.

Concluye por fin el barbero de raspar y manosear al parroquiano, y con la mayor impavidez le dice:

-¿Quiere usted que le descañone?

-¡Huya todo el que no lleve la volubilidad al extremo de mudar de cutis, y no dé nunca una contestación afirmativa en estos casos! Conténtese con lo sufrido, y concluya por fin de fiesta, estableciendo sobre todo una aduana entre el corbatín y la bacía, para que no se forme entre el pecho y su camisa el sumidero del líquido jabonoso. Lleve con paciencia la caricia final del barbero, que le pasará el peinador por la cara, diciendo:

-Salud, y mandar.

Responda: «Gracias, amiguito», y póngale en la mano seis u ocho cuartos. Con esto y desprenderse de toda educación, para poder dejar al barbero empezando a referir cualquier historieta, dará vuelta a su casa, y allí se podrá aplicar tres o cuatro telas de araña, según el número de deslices que hubiese cometido la navaja.

La misma función se repite con todos los parroquianos, con más el guiño de ojos que suelen hacerse mutuamente los barberos cuando entra alguno de barba cerrada y sobre todo vidriosa. En estos casos se necesita una orden expresa del maestro o una reprimenda de la maestra para que los mancebos cumplan su obligación.

Por la mañana temprano salen de cada barbería uno o dos mancebos a cumplir con los parroquianos, que esperando en sus casas al barbero, suelen perder más tiempo del que gastarían en arrancarse uno a uno los pelos de la barba.

En cuanto al momento del sacrificio, hacen lo mismo, ni más ni menos, que en las tiendas; lo único que suele ocurrir de nuevo en casa de los parroquianos es la consulta de la amarillenta y desencajada doncella que cuenta en secreto al barbero su enfermedad. Este no es hombre aprensivo, y la ordena unos polvos cualquiera, que tras de cinco o seis meses de hospital hacen crónica la palidez, y la pobre muchacha acude con su palma al cementerio. y henos aquí en un punto de la fisiología que nos obliga a decir algo sobre la posición social del barbero y sus ocupaciones en el resto del día.

La primer diligencia del barbero, apenas se ha botado de la cama (a las seis de la mañana en invierno, y a las cuatro en verano) es sacar las llaves de la tienda debajo de la almohada del maestro; abrir de par en par las puertas de la calle, regar la barbería y un trozo de cuatro varas en cuatro hasta el arroyo, barrerlo muy bien todo, limpiar los muebles, sacudir los peinadores, colgar las bacías en las palomillas que, aunque no han pasado la noche con las llaves, no se quedaron al raso por necesitarlas el maestro debajo de la cama, y últimamente, colocar las puertas vidrieras, meter la cabeza en un cubo de l'eau véritable de pozo, hacerse el rizo consabido, ajustarse la corbata escocés y, sobre todo, alzarse las mangas de la casaquilla y puntear un poco la vihuela, que es un reclamo seguro para los parroquianos. A esas horas suelen estrenar la navaja los horteras, los jornaleros y tal cual sacristán de monjas. Más tarde empiezan a rasurarse los que han vendido en las plazuelas a las cuatro de la mañana, y los nacionales que salen de guardia; los más perezosos, en fin, suelen ser porteros de oficinas, varios holgazanes y demás gente de la que madruga a las diez y no se sabe afeitarse sola ni recibir en su casa al barbero.

Después de las dos de la tarde apenas acude nadie a las barberías, y entonces coge el mancebo su capa parda, se emboza bien en ella, mete un libro en cuarto debajo del brazo y dirige sus pasos hacia el colegio de medicina, adonde aumenta el número de más de dos mil capas pardas y otras tantas boinas, propias de otros tantos mancebos de barbería que acuden allí a lo mismo que el nuestro: a ponerse en estado de ser cirujanos romancistas, aprendiendo a sangrar, a echar sanguijuelas, aplicar ventosas, y en suma, a que el pueblo los llame lanceros, y estar autorizados para llevar siempre consigo la lanceta y demás chismes cortantes del oficio.

En esta época del día es cuando el barbero se lanza a la política y se pronuncia contra el catedrático porque comete la necesidad de decirle que estudie si quiere saber cuanto ignora; y en estos casos tiembla el Gobierno y vigilan las autoridades, porque los lanceros son un combustible seguro en las revoluciones.

Pero dejando en paz que el estudiante romancista, con cincuenta o más de su calaña, vaya encendiendo la guerra por las calles de la capital, cantando el himno de Riego en los tiempos del absolutismo, y la pitita en las épocas constitucionales, examinemos sus ocupaciones en la tarde del domingo y demás fiestas solemnes. Dejémosle pasar en vela la noche del sábado, restituyendo el color perdido en ciertos trozos del frac, dando friegas espirituosas a las costuras del pantalón, y cerremos los ojos por un momento, ínterin el elegante mancebo se afana por encorvar las alas del

sombrero y descose avergonzado las borlas que ha lucido toda una semana, sin que su invención haya tenido más prosélitos que el diputado por su provincia y tal cual cofrade del gremio barberil. Apartemos sobre todo la vista cuando se envuelva en el gabán azul, y no tendremos necesidad de averiguar por qué se le vendió en cuarenta reales el criado del cuarto segundo, mandándole por única condición de venta que no le usase sin teñir, y mucho menos sin mudarle los botones. Figurémonos que ya el mancebo está en la calle, y procuremos no perderle de vista, porque apenas haya llegado al Prado, se confundirá con los primeros elegantes que paseen allí y en este caso es imposible reconocerle. Los días de fiesta por la tarde, hace sombra el barbero a las más exquisitas notabilidades de figurín. Las academias de baile y los teatros caseros le abren sus puertas por la noche, de esto resulta que nuestro mocito se enamora de la hermosa joven que ocupa la silla inmediata; se vuelve loco de alegría al observar la franqueza con que aquella responde a su amor, la ofrece el brazo al salir, y casi está resuelto a decirla: «Señora marquesa, usted se ha engañado; soy... un mancebo de barbería»; pero gracias a una llave que la elegante joven saca del pecho, para abrir la puerta de su bohardilla, conoce el barbero que no es un obstáculo ser oficiala de modista para vestirse de señora los domingos.

Reducido es, como se ha dicho ya, el número de atenciones pecuniarias que pesan sobre nuestro mancebo; pero siendo algo menores las cantidades que ingresan en sus bolsillos, nos vemos obligados a escudriñar los medios de que se vale para la adquisición del chaleco blanco, que luce en Minerva y las Delicias, con más de los cuarenta reales de aquel gabán y otras frioleras que, no fundiéndose con los garbanzos en el puchero, gravitan sobre los débiles hombros del mancebito. El maestro le da por único salario la comida, y la maestra le lava gratis camisas y calzoncillos. Puchero y ropa limpia es todo lo que tienen por rasurar a destajo. Los abanicos y los pañuelos que de vez en cuando regala a su novia, y las bocanadas de humo habano con que acompaña su amorosa declaración, son para nuestro propósito del mismo género que los chalecos y las corbatas. ¿De dónde sale el dinero para todo? Es lo que pretendemos averiguar, suponiendo que no le paga al maestro tres barbas cuando cobra siete, o que no recoge el valor de cuatro después de haberlas entregado todas. El barbero, en general, es honrado, aunque pobre, y sólo toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño cuando saca tres muelas en vez de una, y este precisamente es uno de sus recursos pecuniarios. El maestro ignora, o aparenta ignorar, los casos de medicina y cirugía que diariamente resuelven los mancebos, porque él hizo otro tanto en sus mocedades, y porque ya de tiempo inmemorial ha sucedido lo mismo. Entre morir de cornada de buey, y ponerse en manos de un barberillo no hay diferencia alguna; la muerte nos hace a todos iguales, y se lleva sus parroquianos como mejor le place. El único consuelo en esos casos es conformarse con la voluntad de Dios, y gracias, que a cada cual le llega su San Martín. Y como este santo se aparece siempre bajo distintas formas, según la gente a quien visita, el San Martín de los enfermos pobres que tienen asco al hospital es el mancebo de la barbería inmediata. Su habilidad en la guitarra le proporciona varios admiradores, que a poco más se llaman sus amigos, y andando el tiempo enferman, porque la sociedad de seguros

generales no llega a prevenir las calenturas ni las tercianas. Esta última enfermedad es la que mejor conoce el barbero, gracias a los muchos desgraciados que imploran su auxilio cuando sienten el frío de la calentura.

Sea cualquiera la clase de enfermedad que padecen sus parroquianos, los medicamentos que aplica siempre son los mismos. Sangrías, ventosas y sanguijuelas; de este modo cobra por médico, cirujano y barbero a la vez. Lo primero que hace al entregarse de algún enfermo no es la señal de la cruz, ni otra invocación por el estilo; se contenta con advertir a la familia del paciente que él no está autorizado para visitar enfermos, aunque bien pudiera, pues sabe tanto como cualquier médico, a cuya modesta ignorancia añaden los interesados: «¡Y algo más!» Con esto basta para coger la mano del enfermo, hacer con ella lo mismo que hacen los médicos cuando toman el pulso, y decir a renglón seguido:

-Esto no vale nada por ahora; haremos una sangría, para ver si se presenta enfermedad conocida; y no se aflijan ustedes -añade, dirigiéndose a la angustiada familia-: tengo unas pastillas secretas que ya... el panacean universalitatem, que decimos en la facultad. ¡Si hubiese caído usted en manos de algún médico moderno -dice, dirigiéndose al paciente-, ya la llevaba usted larga!

-Como que están interesados en que duren los males -responde en voz débil el desgraciado-. Desde que un compañero de usted, andaluz por cierto, juró a mi compadre una pulmonía que trujo del hospital no tengo fe ninguna en los médicos.

-Pues ea, venga el brazo -replica el improvisado doctor; y diciendo y haciendo, toma una cazuela que le presentan al efecto, saca una cinta del bolsillo y aquí es donde hace la señal de la cruz sobre la vena que ha de rasgar o sobre el tendón que ha de romper; pero esto no indica miedo en el operario, ni mucho menos que el enfermo se halle poseído de los demonios, sino que así lo hacía el barbero de su pueblo, y «cuando él lo hacía, estudiado lo tendría». Por lo demás, el mancebo aprendió a sangrar en una hoja de berza, y se atreve a sacar la sangre de cualquiera a través de una toalla o con los ojos vendados.

De estas empresas sale casi siempre mal, como se debió suponer; pero como se viene a la mano lo que está de Dios y nadie se muere hasta que sufre la última enfermedad, por más esfuerzos que de buena fe hace el barbero para quitar la vida al infeliz que la puso en sus manos, deja de conseguirlo algunas veces, y la naturaleza suele triunfar de la enfermedad, y de los disparates barberiles, que precisamente es la parte más rebelde y el enemigo más formidable de la humanidad. Y si estos casos no fuesen del número de las chiripas, algo más lucido andaría el barbero; porque cuando se pone bueno el zapatero de la bohardilla, lo primero que hace es cumplir con el facultativo, aunque para ello necesite destinar los jornales de toda una semana.

Ahora bien: ya parece que, con la escrupulosa revista que hemos practicado en todos los pasos de la vida barberil, no debiéramos tener nada que añadir sobre el porvenir de estos señores, apenas han terminado sus años de colegio y establecido su oficina, para cumplir con su lanceta las disposiciones del médico cirujano y visitar por sí y ante sí a las gentes pobres de su barrio, que no por el deseo de morir más pronto, sino

con ánimo de pagar menos el asesinato, le nombran médico de cabecera. Pero hay una cierta clase de barberos apóstatas, que a voz en grito reclaman un lugar en este artículo. Es muy difícil que, entre los diversos parroquianos de barba que tiene el mancebo, no cuente algún marqués, senador, diputado a Cortes, o tal vez un ministro; y cualquiera de estos casos, especialmente en el último, ya puede decirse que el barbero ha tirado la navaja, y que llegará a ser, cuando menos, comisionado de amortización en su pueblo. El mancebo, charlatán de oficio y adulator de circunstancias, no amortigua nunca sus palabras en estas ocasiones, y empieza su carrera reemplazando al ayuda de cámara del ministro o sirviendo este oficio por primera vez en casa de S. E., porque no todos los secretarios del despacho usan esta clase de sirvientes. Pasa en seguida a ser secretario particular del magnate, se casa con la doncella más querida de este señor, y marcha a su pueblo con una comisión del Gobierno y una doncella... del ministro a quien afeitaba. Esta brillante posición no la logran muchos barberos, pero se les presenta a casi todos, y la saben aprovechar algunos.

Hay más divisiones que hacer aún entre esa clase de gente, que si no vive de lo que rape como otros muchos, vive rapando, que es una vida como otra cualquiera, y no de las peores, por cierto. Existe un gremio de barberos ambulantes, que nos echaría en cara nuestro olvido sino diésemos cuenta aquí de sus trabajos en obsequio del rostro tiznado de carbonero, de la dificultosa patilla del mozo de esquina y de la evacuación sanguínea que hace sufrir a los aguadores.

Con una chaqueta de pieles en invierno, y en mangas de camisa los veranos, se ajusta un cinturón de cuero con diferentes bolsas, en las que lleva un par de navajas y otro de tijeras, media docena de nueces chicas con grandes, un trozo de jabón y media vara en cuadro de trapo blanco que fue; una bacía de hierro colado debajo del brazo, un escalfador del mismo metal, con agua caliente, en la mano derecha, y un asiento de tijera en la izquierda. Así sale el barbero ambulante todas las mañanas, y se dirige a la fuente más inmediata como teatro principal de sus operaciones. Extiende el asiento, acomoda en él al aguador, le introduce una nuez en la boca, chica o grande, según el calibre del asturiano; a beneficio de este cuerpo extraño infla los carrillos el paciente, le jabona el barbero la cara, y entre la navaja y el agua hirviendo, saltan las barbas que crecieron en una semana, y se renuevan las heridas que cicatrizaron aquel mismo día tal vez. Esta operación se repite con todos los aguadores que, teniendo barbas, pueden pagar tres cuartos al que se las quita, y seis cuando hace uso de la tijera para pelarle la cabeza y cogerle tal cual vez las orejas con el mismo instrumento. Además de los citados carboneros y mozos de cordel, son también pasto del hombre escalfador los aldeanos transeúntes, que sufren los mismos tajos y las mismas cortaduras, a vista y presencia de todo el que pasea por las calles y tropieza con estos sangrientos espectáculos. De este modo pasea el barbero ambulante todas las calles de la capital, afeitando gratis a uno de los carboneros para que éste le suministre a igual precio el carbón necesario a mantener caliente el agua del escalfador; y entra en un bodegón cuando se siente acometido del hambre y puede disponer de dos reales, a dar de baja en el barreño de la mondonguera uno de los pucherillos que humean al efecto.

Nada hemos dicho sobre la procedencia de los barberos en cuanto a su naturaleza, ni de su instalación en las barberías, porque ambas cosas son de poca importancia para nuestros lectores. Aconsejámosles únicamente que rehúsen el trato íntimo con los dueños de tienda, porque todos los mancebos se reciben a prueba, y para averiguar su habilidad en la navaja, se estrenan manoseando al parroquiano más amable y menos exigente. Tauromáquicamente hablando, se diría que la prueba barberil era la suerte de perros en día de toros.

Sin embargo, y a pesar de que la elegancia y el aseo interior de las barberías no cambia en nada las noticias que dejamos apuntadas sobre el barbero, no será de más que los nombres de Reigon, Munilla y otros varios, en cuyos elegantes gabinetes de tocador completo se afeita con delicadeza y esmero, nos sirvan para terminar aquí este artículo.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

